EL ESPIRITUOSO SEÑOR ORDOÑEZ

Jorge Torres

Capítulo 1

Cavilando y recayendo en lugares comunes ligados a fatigosas manías e inevitables obsesiones es que vino a mi mente el caso del tristemente famoso señor Ordoñez, que conquistare un pequeño lugar en alguna página de un popular periódico de la época después de su penosa ascensión a los cielos.

El año 1950 estaba por concluir cuando de las puertas del Monasterio de los Niños del Divino Socorro, de la ciudad de Buenos Aires, egresaba una camada más de alumnos, se los podía divisar en perfecta hilera alejarse de la abadía, calle abajo, con sus cabezas perfectamente lavadas (la totalidad de los mismos), otros ocultando en su interior secretos profundizados, con vergüenza y culpa (los más lindos y algún que otro feo también).

Mientras el desfile se iba difuminando en un mundo desconocido para ellos como quienes acaban de llegar a un planeta totalmente diferente al que le habían diseñado en el oscuro claustro, cargaban solamente con dos herramientas, que no pretendo significar que no sean de importancia suprema, desde donde comenzar a construir sus vidas.

Una de esas herramientas, la más filosa, es la instalación en sus conciencias, de la culpabilidad de haber nacido, cosa de muy dificultosa despenalización, salvo que uno cumpla en el transcurso de sus vidas con una serie de mandamientos para nada inherentes a la condición humana.

Veamos…Para ser contundentemente claro. Se me prende la prostituta lamparita del ingenio y plaf… Creo de la nada, una culpífera mosca, con todo lo que una mosca trae consigo. La culpabilizo de su infeliz existencia y le doy como vía de salvación una serie de preceptos o mandamientos que le garantizarán mi agrado eternamente. Entre ellos está el de no poder volar, evitar los dulces, no zumbar, no osar posarse en ningún sorete por más tentativo que se le presente y encima me tiene que adorar. ¿Por que mierda no se me habrá ocurrido crear otro bicho, que se adecue mejor a satisfacer mis requerimientos en vez de hincharle los ovarios a la pobre mosca? La otra herramienta es el bálsamo por el cual terminaré perdonando a la mosca si la fe se lo permite. Ya todos sabemos que las moscas suelen tener entre sus atributos, las de ser portadoras de una fe incalculable…

De esta manera caminaba el joven Ordoñez mirando las baldosas de la calle rumbo a la casa de sus padres con la cabeza bien limpita, pero con la suerte de tener un cuerpo obeso, amorfo que armonizaba con su desagradable rostro que lo había conservado a salvo de penosas y

profundas situaciones vergonzosas; gracias a Dios.

La caminata se hacia cada vez más pesada dado los kilos de sobrepeso que portaba el pobre Ordoñez, repartidos en carne y alma. Tiendo a pensar que lo más atormentante para él, aparte de los bocinazos de los autos y el griterío de los transeúntes, del cual el monasterio lo mantenía aislado, era el inmenso lastre de su alma constipada por la culpa, esa alma negra que tanto le habían explicado que tendría que dedicarle una vida a purificarla.

Para colmo de males, cierta vez una vieja monja cuyo sexo seguramente lo tendría bien sellado, cocido con hilo sisal doble, se esmeraba en explicarle (con ceño por demás fruncido, ligado por el tenso y alargado tendón que algunas personas tienen conectando estrechamente al entrecejo con el esfínter anal),que los pecados eran como clavos en el alma que si bien se quitaban con el arrepentimiento, quedarían por siempre los agujeros, obviamente oxidados, dependiendo del tiempo que lleve los clavos a cuestas. Gran favor hubiera hecho la noble monjita con el hecho de tragarse sus morbosos y mortificantes pensamientos antes de ponerse a llenar las cabezas de estupideces a niños indefensos en supuesta formación.

Lo cierto es que Ordoñez salió del convento con la imagen de su alma devaluada a un gas fétido, hediendo a azufre oxidado; que además se desparramaba hacia el exterior por la cantidad de agujeros que le habían dejado tantos clavos en el alma.

Para completar el cuadro, el año entrante el martirizado joven debería tomar una decisión fundamental para su vida, la de ingresar de lleno al seminario para continuar la carrera sacerdotal distanciándose definitivamente de las cosas mundanas o bien continuar su laica vida. Cualquiera de las dos decisiones creo que lo hubieran llevado por el mismo camino, tiendo a pensar que ya a esta altura de los acontecimientos que el destino de Ordoñez estaba sellado.

Los años transcurrían y con ellos, año tras año, se renovaba la larga cola de egresados del monasterio que distaba solo un par de cuadras de donde Ordoñez se afincaba, al verlos pasar con sus cabecitas reseteadas solía escapársele una lágrima, que como todos los años recorrería el postigo de la ventana hasta perderse entre el cortinado que la ocultaba.

No está de más señalar que el señor Ordoñez llevaba ya adelante, desde hacia tiempo su modesta vida laica. En rigor a la verdad su vida era más que modesta, era más bien miserable, donde cursó sus estudios se ocuparon de moldearlo para una vida de reclusión, pero fue casi nula la preparación a nivel laboral, social y científico. Si a esto le sumamos sus

escasas luces, su poca gracia y sus muchos trastornos psicológicos y espirituales, podemos llegar a decir que a pesar de todo la suerte lo había acompañado hasta ese momento.

Su rutinaria vida consistía en tomar todos los días, salvo los Domingos, el colectivo a dos cuadras de su departamento, a las tres y media de la mañana en punto para poder empalmar con el subterráneo, aproximadamente a las cinco y veinte de la mañana en curso para, a las corridas, poder llegar a fichar tarjeta antes de las seis, hora inexcusable donde empezaría su labor cotidiana. Sentarse con su uniforme reluciente en el ascensor asignado, saludando con cara de beneplácito a cuanta persona pretendiera dirigirse a un piso diferente del que el ascensor se encontrare era su monótona labor cotidiana, a las tres de la tarde su jaula se abriría quedando libre hasta que el despertador le ordenare su retorno a la jaula. La gratificación laica, de corte material, la tendría que esperar bien entrado el mes próximo, donde un administrativo de segundo orden le señalaría que sus tres mil pesos mensuales (ciento cincuenta dólares, si el gobierno de turno le era favorable al trabajador) estaban ya depositados en su cuenta bancaria.

En cuanto a la gratificación espiritual esa le llegaría en su único día de descanso donde un desdentado párroco, lo absolvía de haber nacido a cambio de un par de oraciones.

Llego el mentado día en que ninguna de las dos gratificaciones lograron complacerlo al punto de darle cierta sensación de paz interior y como otro tipo de gratificaciones no había sabido encontrar en la vida, al pobre Ordoñez le empezó a incomodar el taburete de su ascensor, el viejo con olor a encierro, semen e incienso que lo absolvía ,el administrativo de cuarta que le indicaba que ya su jaulón tenia alpiste y agua, el viaje de ida, el de vuelta, el ómnibus de la mañana, quizás más que el de la tarde, el subterráneo y su ruido infernal y experimento por vez primera lo más temido por él… Que su penosa, fétida y mugrienta alma lo estaba abandonando de a poco, muy de a poco pero en forma efectiva y decidida al punto de entrar en pánico en plena vía pública, se sentó a duras penas en la vereda, debajo de un árbol frondoso, transpirado y jadeante controlándose el exacerbado pulso que alimentaba una palpitación paroxística mientras intentaba, temblorosamente, la imposible tarea de tomarse la presión con un dispositivo que siempre llevaba en su mochila. Para colmo parecía que nadie se percataba de su tristísimo final, pues las miradas de los transeúntes le transmitían indiferencia, desprecio hasta cierto asco dejándolo totalmente desprotegido y demudado ante tanta indolencia comunal.

Nadie parecía tener consideración por su alma, aunque el ya bien había asumido que era sucia, negra, fétida y llena de agujeros; era su alma al fin y al cabo y para coronación de males era la única que tenía, no había repuestos y estaba convencido que la estaba perdiendo de a poco, muy de

a poco pero la estaba perdiendo. Era de esperar que con el último suspiro que diera se le terminaría escapando por completo, después de una serie indeterminada de vaya a saberse cuantos metros cúbicos (nadie en el claustro, le había indicado cuanto volumen de alma solían tener las personas, si dependía de su peso corporal o de su catadura moral) su alma expirara completamente haciendo abandono de su amorfa osamenta, con seguridad.

Inmerso en estos cálculos y a medida que la sombra del árbol lo iba protegiendo, el pobre Ordoñez se percato al fin y al cabo que su muerte no acontecería recostado en ese árbol, en ese dichoso atardecer. Sospecho que seguramente le quedaría alma para llegar a su casa e incorporándose despaciosamente emprendió el trabajoso regreso a su hogar.

Al día siguiente procedió a llamar a la empresa donde concurría a trabajar para señalar que no se encontraba en condiciones de salud para iniciar sus actividades en ese día. Al promediar la tarde un expeditivo médico laboral le indicó sin mucho examen de por medio que concurriera a un psiquiatra, que por lo pronto el le otorgaría dos días de parte de enfermo. Fue así que concurrió a la guardia psiquiátrica del hospital más próximo, donde le recomendaron la toma periódica de un ansiolítico, de efecto relajante, de uso habitual en estas épocas y una semanita de reposo, dentro de la cual su estrés tendría que mejorar considerablemente.

Y en verdad la mejoría no se hiso esperar, al día siguiente se sentía mucho más relajado, sin la ansiedad que lo agobiaba últimamente, pero en forma inversamente proporcional se percataba que si bien su tensión y ansiedad disminuían, la fuga de su alma se hacia más frecuente, lo cual volvía a aumentar su ansiedad, en un ciclo muy poco virtuoso.

No obstante una vez concluido su periodo de licencia por enfermedad, Ordoñez tomó valor para volver a dirigirse a sus ocupaciones habituales, llego sin mayor inconveniente a su lugar de trabajo, saludó cordialmente a la vigilancia del edificio y se dirigió al ascensor para elevarse hasta el quinto piso donde se encontraba la administración de personal, allí procedería a presentar las recetas médicas que justificaban su ausencia. Dentro del habitáculo del ascensor, se encontraban dos mujeres mayores, de aspecto distinguido, aguardando para ser trasladadas a algún piso superior. En el momento que el ascensor comenzó su ascenso cerrando herméticamente sus puertas se desato una vez más el lamentable incidente, volvió a sentir palpablemente que un trozo de alma se le desprendía del cuerpo sin poder retenerla. Y en esta oportunidad no eran "sensaciones aparentes", como su psicóloga le había sugerido, era un hecho bien tangible. En esta ocasión me lo confirmaban las caras disgustadas y adustas de mis acompañantes ocasionales de ascensor, seguramente miembros de la curia que se dieron cuenta al instante que solamente un ser repugnante como el podía tener un alma tan

espantosamente fétida.

Salió corriendo del elevador, ni bien se detuvo en el quinto piso, transpirado y enrojecido por la situación recientemente vivida, para recibir de la mano de su jefe de personal la notificación de su injusto pero aliviador despido de su lugar de trabajo. Muy por el contrario a la reacción esperable por un empleado al recibir este tipo de noticia, su reacción fue de distensión y agradecimiento por los años en que le habían dado empleo y aunque comprendía lo injusto de la medida en su interior solamente pretendía averiguar porque motivo y por que exacto lugar su alma, de a poco, se fugaba hacia el éter, desde el interior de su cuerpo.

La tarea sabía que no le iba a resultar muy sencilla de cualquier poro de su voluminoso cuerpo, ya había superado los ciento cincuenta kilos (ansiedad mediante), podía desprenderse se repulsiva pero indispensable alma a pedacitos.

Apenas llego a su habitación, se desnudo frente al espejo para desconocerse, la imagen que el mismo le reflejaba era la de un viejo obeso donde colgajos de carne, le ocultaban otros pliegues de carne indistinguibles. ¿Donde había quedado el adolecente que egresara del monasterio? Lloro intensamente desnudo frente al espejo consolando a su imagen desnuda, en el interior del mismo.

Una vez conseguida la inevitable conciliación entre ambas imágenes, abandono al viejo llorón del espejo y tomó uno de sus ansiolíticos para conseguir ex profeso la relajación necesaria que le anunciaría el poro fatídico por el cual se le estaba escapando el alma, mientras procedía a llenar la bañera para darse un baño de inmersión, pero no un baño de inmersión común y silvestre. Este baño sería delator, como el gomero sumerge las cámaras en un baño de agua para averiguar por donde dejan escapar el aire las cámaras pinchadas, aire por demás esencial a todo neumático, Ordoñez se sumergió en el templado baño relajador, sabia que el ansiolítico pronto le causaría un ligero desprendimiento de alma, pero se alegraba porque preveía que este seria el último ya que detectaría sin lugar a dudas el poro de la perdición.

Acomodó su voluminoso cuerpo en la enorme bañera mientras en la radio se escuchaba casualmente la canción ” Moby Dick ” de Led Zeppelín, esto si era vida pensaba casi por vez primera el insensato Ordoñez y después de este relajo seguramente hallaría la solución a su problema, si Dios quería y estaba seguro que era justo que Dios quisiese.

Sumido en estos pensamientos acompasados por la batería de Bohan fue que el anodino poro emitió una burbujóta eruptiva, espesa, netamente impura, que dejo al deforme Ordoñez maravillado ante tamaño milagro.

Había podido, por fin comprobar fehacientemente la existencia del alma. Nadie jamás había logrado llegar a estos niveles de la espiritualidad, del conocimiento, de la sabiduría y la comprensión del ser, se sentía el más grande entre todos los sabios y filósofos. Estaba absorto había podido observar como una buena parte de su alma emprendía el camino a los cielos, la había tocado, ella había jugado un instante entre sus dedos antes de despedirse diligentemente de su cuerpo, en una mística reconciliación entre cuerpo y alma. Pudo contemplar nítida y fehacientemente que, al menos, ese pedazo de espíritu no estaba tan negro como sacerdotes y monjas le habían indicado buena parte de su vida, era totalmente transparente y no llego apreciar ningún agujero pecaminoso, ni mucho menos manchas de oxido en la misma, aunque si tuvo que reconocer que cierto grado de fetidez su alma tenia, pero nada grave apenas un ligero aroma a repollitos de Bruselas cuando comienzan su hervor. Seguramente estas impurezas deben deberse a los malos pensamientos que me fueron originando los patrones de la compañía y el asqueroso jefe que me despidiera de mi puesto de trabajo, nada que no pueda solucionar este Domingo, cuando confiese en misa mis pecadillos pensaba el desdichado y devoto señor Ordoñez.

Pasado ya este éxtasis de espiritualidad pura y tratando de apresurarse, antes que se enfrié el agua de la bañera es que se empeño en hurgar en su cuerpo, en las cercanías de donde el presumía haber detectado el escape gasífero.

Trato trabajosamente de rotar ligeramente su pesado cuerpo y con sus bracitos cortos y rollizos trato esforzadamente de acercarse a la zona en cuestión. Para ello comenzó a emprender la tarea de acomodar grandes pedazos de bofe, separar nalgas de carnaza común, cuán hábil carnicero que recibe la res del frigorífico.

Al fin llego con sus dedos rollizos al lugar prohibido, al mismo meollo de su problemática.

Mientras trataba dificultosamente de recorrerlo con su curioso dedo índice, evaluando el tamaño de su desdicha, palpando la extensión de la totalidad de su circunferencia, comprobando que aún finos collares de burbujitas de alma salían disimuladamente de su interior, recordaba las enseñanzas del padre Miguel que era el encargado de verificar con dedicación la higiene de todas las partes intimas de los alumnos de su curso. Dejándoles bien en claro que era un gran pecado el andar tocándose, ni siquiera era aceptable realizarlo como un mero acto de reconocimiento de nuestras partes pudendas. Siempre lo recordaba enfatizando que para esos menesteres Dios lo había colocado en nuestros caminos, él sabía muy bien como hacerlo, agradando al señor, respetando sus enseñanzas plasmadas en todos los testamentos por él estudiado durante su larga carrera al

celibato.

Salió decidido del agua, radiante de felicidad por los milagrosos sucesos vividos en la bañera, tomó un enorme toallón y comenzó a secarse ante la mirada indiscreta del orondo señor que trataba de secarse en el espejo mientras lo invitaba a bailar " Submarino Amarillo ", de los Beatles que comenzaba a sonar en la radio.

Una vez conseguido secar prolijamente toda esa gran masa de carne amorfa, tomo de la alacena un gran pomo de adhesivo sintético de contacto, le retiro su roscada tapita con denuedo. En la radio se escuchaba la melancólica canción "Perdedor", de Beck, el señor Ordoñez trataba de repetir algunas estrofas en castellano mientras minuciosamente rellenaba su gran meollo de la perdición con el líquido pegamento, recordando las cosquillas y algún que otro dolor que le ocasionara el padre Miguel, en la abnegada misión que Dios le encomendara.

Su felicidad era sublime, se vistió y llamo por teléfono a la pizzería más próxima, encargándose dos pizzas grandes de espinaca y dos cervezas negras. Al concluir el almuerzo todo era dicha, había tenido éxito en retener la fuga de su alma, la escuchaba recorrer alegremente, el interior de sus vísceras transmitiéndole una sensación de inmensa seguridad. Los cólicos eran señal evidente de la conciliación que entre cuerpo y alma estaba sucediendo en su interior.

El domingo igualmente iría al convento a confesarse, para mejorar el aroma de su espíritu, pero la pesadez de la tarde lo invitaba a dormir de momento una reparadora siesta, antes se sentó frente a su ventana para contemplar la hilera de egresados que con sus conciencias flageladas salían, como cada año de la abadía que lo vio crecer, dejando caer un par de lagrimas recordando, como era ya costumbre en el.

La mañana del domingo lo sorprendió tendido en su cama frio y tieso, con una sonrisa en su rostro, enmarcado en una aureola de feliz pureza, ante la mirada atónita del encargado del edificio y el cerrajero que violentará la puerta del departamento del espirituoso señor Ordoñez.

Mientras una gota todavía rodaba penosamente por el postigo de la ventana para terminar por ocultarse entre el cortinado, muerta de vergüenza por haber nacido.